

el *Aqua Virgo*, y sin duda comenzar en el Quirinal las termas que llevaron su nombre.

No permaneció más que dos meses en esta ciudad, de donde pasó á Milán: allí encontró á Licinio y allí hubiera querido hacer ir á Diocleciano; en Milán también promulgó aquel famoso edicto, de que hablaremos después. Para claridad de la narración, mejor es seguir los acontecimientos políticos hasta el momento en que se restablezca la unidad del imperio. Entonces estaremos más desembarazados para estudiar, en sus fases sucesivas, la gran revolución que ha de consumarse bajo la dirección del hombre, único dueño ya del mundo romano.

De año en año había disminuído el número de los emperadores: ya habían desaparecido Maximiano, Galerio, Majencio y Diocleciano. Quedaban tres: Constantino, Licinio y Maximino Daza. Este, pagano convencido, como su tío Galerio, y siempre rodeado de sacerdotes, magos y

charlatanes, que se decían profetas, había continuado la persecución de los cristianos, aunque de una manera intermitente. Combatía la Iglesia de dos maneras: por condenaciones (1) y procurando dar al paganismo por medio de una organización calcada sobre la de los cristianos la disciplina que le había faltado siempre. En todas las ciudades fortaleció la autoridad del sacerdote establecido para velar por el culto, y en todas las provincias la del supremo pontífice, que tenía bajo su jurisdicción todo el cuerpo sacerdotal de su distrito. A fin de asegurar á estos pontífices una grande autoridad, los elegía entre los personajes más distinguidos y hacía de ellos casi los iguales de los gobernadores de provincia. Sus contiendas con Licinio, que tuvo que cederle el Asia Menor hasta el Bósforo, y las relaciones que había sostenido con Majencio, lo enemistaron con los dos Augustos de Occidente.

En 313, cuando Licinio estaba aún con su colega Cons-



El triunfo de Licinio (Camafeo del gabinete de Francia)

tantino en Milán, creyó la ocasión propicia para sorprender á su adversario con una invasión inesperada. Un numeroso ejército reunido secretamente detrás del Tauro atravesó rápidamente la península asiática y pasó los estrechos: en algunos días tomó la plaza fuerte de Bizancio, luego la de Heraclea y penetró hasta las cercanías de Andrinópolis.

Licinio lo esperaba allí: sus tropas eran inferiores en número, pero el viejo y hábil general las había sacado de las guarniciones del Danubio, donde la vecindad de los bárbaros mantenía la disciplina y el valor, y fácilmente dió buena cuenta de las legiones sirias, sin que fueran necesarios los milagros referidos por Lactancio (1.º mayo 313).

Vencido Maximino huyó hasta Tarso en Cilicia,

(1) Favorecía en las ciudades los tumultos contra los cristianos demasiado celosos, y los condenaba á las minas, después de haberles arrancado un ojo y quemado el jarrete. Véase la contestación de Maximino á la solicitud de los habitantes de Tiro pidiéndole que expulsara de su ciudad á los cristianos (Eusebio, *Hist. eccl.* IX, 7). Eusebio habla de ejecuciones de muerte; Lactancio (*de Morte pers.* 36) sólo hace mención de mutilaciones: *... occidit servos Dei vetuit, debilitari jussit. Itaque confessoribus effodiebantur oculi, amputabantur manus, pedes detrucebantur, nares vel auriculae desecabantur.* Pero estas mutilaciones pudieron arrastrar la muerte de los pacientes. Se pintan sus costumbres con los mismos colores que las de Galerio y Majencio, como se pintarán también las de Licinio, á pesar de su

donde murió (2). Su mujer fué arrojada al Oronte; sus hijos, un niño de ocho años y una niña de siete, y sus principales oficiales fueron degollados. El vencedor, de quien se había hecho el protegido de los ángeles, no era más clemente que lo fué en Roma el cuñado de Majencio después de la aparición de la milagrosa cruz.

Algunos meses después mató á un hijo de Galerio, á la mujer y á la hija de Diocleciano y al joven Severiano, que pagó con una muerte prematura el triste honor que había tenido su padre de llevar menos de dos años la púrpura imperial. Al mismo tiempo, Constantino, á consecuencia de algunos triunfos sobre los francos, enviaba también sus prisioneros de guerra á las fieras del anfiteatro para divertir el pueblo de Tréveris. A pesar de las celestiales visiones

edad, cuando venga á ser el adversario de Constantino. Lactancio (*Ibid.* 38) llega al punto de imputar á Licinio el abuso de haber prohibido casarse sin su permiso, *ut ipse in omnibus nuptiis praesentator esset.*

(2) La narración de su muerte se asemeja naturalmente en Lactancio á la de la muerte de Galerio. Uno y otro, los dos merecían acabar mal en castigo de su crueldad para con los cristianos; pero es preciso ser de juicio muy dócil para aceptar por históricas unas leyendas que á fuerza de repetirse ni siquiera tienen el interés dramático que se les había querido dar. Eusebio (*Hist. eccl.* IX, 8) menciona una guerra emprendida por Maximino contra la Armenia, pero de semejante empresa no sabemos nada.

y de los maravillosos sueños, estos hombres no tenían coherencia, y su fe, si la tenían, no ejercía ninguna influencia en su conducta. Las costumbres políticas volvían á ser atroces. En presencia de estos asesinatos el preceptor cristiano de un hijo de Constantino lanzaba un grito de alegría (1). La inspiración del dulce Maestro de Galilea cedía á la del implacable Jehovah de la ley mosaica.

III. — MUERTE DE LICINIO. — CONSTANTINO ÚNICO EMPERADOR

El imperio no tenía ya más que dos señores: había uno de más. La guerra, en efecto, estalló muy pronto entre los dos ambiciosos. Con pretexto de una conspiración, verdadera ó falsa, formada contra él por su cuñado Basiano, Constantino le dió muerte y después reclamó de Licinio la extradición de un hermano del supuesto conspirador, Senecio, que era pariente del Augusto de las provincias orientales (2). En realidad, lo que quería era una parte de los despojos de Maximino Daza. Licinio se negó á ello: era de esperar. Este emperador era un bravo soldado y un hábil capitán; amigo de los pequeños, dice un antiguo, sin que sepamos qué hiciera por ellos, y enemigo de los cortesanos y eunucos, á quienes llamaba ratones del palacio; en fin, buen administrador de las rentas del Estado, por lo cual le perdonaríamos el desdén con que miraba á los abogados, peste pública, que él decía, si no hubiera sido cruel, como todos los que tenían entonces el poder de matar.

Sin declaración de guerra, Constantino pasó los Alpes con 20.000 hombres y el 8 de octubre de 314 se encontraron los ejércitos cerca de Cibales en Panonia, entre el Save y el Drave. La lucha fué larga y sangrienta, y Licinio se retiró medio vencido, pero conservando fuerzas considerables, que le permitieron dar segunda batalla en Tracia, en las llanuras de Mardia.

La victoria de Constantino fué todavía menos decisiva: estaba lejos de sus provincias, en medio de un país enemigo y en frente de un adversario, que se fortificaba retrocediendo, lejos de ceder á los dos golpes recibidos: decidióse pues á tratar. Licinio había nombrado César á Valente, uno de sus generales: era un nuevo pretendiente, á quien debía darse su parte. Constantino se negó á reconocerlo. Para simplificar las negociaciones, Licinio ordenó su muerte, y aceptó luego un tratado que no le dejaba en Europa más que la Tracia y las costas del Euxino, es decir, las puertas del Asia, ya su único dominio; pero conservaba en Oriente toda la herencia de Maximino.

Reconciliados los dos cuñados, convinieron en nombrar Césares á sus hijos. Constantino dió este título á Crispo que entraba ya en la edad del hombre y podía ser un auxiliar útil, mientras Liciniano, niño de veinte meses, debía ver morir á su viejo padre, según todas las probabilidades, antes de haber salido de la infancia (marzo 317).

Las condiciones no eran pues iguales entre los dos Augustos y para no cambiarlas había impedido Constantino que su colega tuviera en Valente un lugarteniente capaz de defenderlo.

(1) *Bestias malas delevit Dominus et erasit de terra. 'Celeberrimus igitur triumphum Dei cum exultatione (Lactancio, de Morte pers. 52-3).*

(2) Según el fragmento anónimo que Valois añadió á su edición de Amiano Marcelino, hubo de formarse un complot contra Constantino por Basiano, á quien había nombrado César, y por Licinio. Esta historia es muy oscura, y no creemos que teniendo Constantino un hijo de 14 ó 15 años, le hubiera preparado un rival dando á Basiano el título de César.

La inesperada fecundidad de Fausta aumentó la ambición de su esposo. En algunos años le dió tres hijos: Constantino, el joven, Constancio y Constante (3). Para estos nuevos vástagos se necesitaban herencias, y el padre meditó y dió por bueno ir á tomarlas un día á las provincias de su colega. Debíó pensar en esto desde muy temprano, porque desde el año 319 no se ven ya los nombres de Licinio y de su hijo en los fastos consulares. Dos años antes del rompimiento, los oradores oficiales no se atreven á hablar, en la corte de Occidente, del segundo Augusto, y una embajada persa recibida por Constantino da á pensar que, en previsión de esta lucha suprema, había buscado alianzas entre los enemigos naturales del emperador de Oriente. Procuró también ganar otros aliados con un edicto declamatorio, pero muy favorable á los deudores del fisco, edicto que dirigió á todas las ciudades de su obediencia, *ad populum*, y con una amnistía que abrió todas las prisiones y dió libertad á todos los presos, excepto, por de contado, los grandes criminales, como envenenadores, homicidas y adúlteros en cuyo favor nadie se interesaba. Estos edictos, muy luego conocidos más allá de sus fronteras, debieron de atraerle partidarios en las provincias de Licinio. Pero la humanidad que en ellos mostraba era de buena guerra.

Como se habían puesto á cargo de Majencio todos los agravios y sinrazones para salvar á Constantino de la inculpación de ambicioso, se acusó á Licinio de haber sido el autor de una guerra que estaba en su interés evitar. Vencido ya dos veces, sin tener ya más que una tercera parte de las provincias y con las peores tropas del imperio, hubiera sido un temerario y hasta un loco provocando á su temible colega. Constantino que, al contrario, debía á una guerra afortunada Italia y Africa, y á otra la Iliria y la Grecia, tenía el ardiente deseo de restablecer en su provecho y en el de su dinastía, la unidad del imperio. Tuvo la habilidad, que más de una vez se encuentra en la historia, de echar sobre su adversario el vituperio del rompimiento y aparecer á los ojos del pueblo como el defensor de los oprimidos.

El Oriente tenía muchas iglesias. ¿Envió allá Constantino emisarios secretos? No tenía necesidad de ello para hacer que se convirtieran á él los ojos y las esperanzas de los cristianos. Sus miramientos para con los fieles y sus cartas á los obispos decían bastante claro dónde estaba su protector. ¿Provocó una activa propaganda en los Estados del Augusto oriental? Los escasos documentos de aquella época no permiten afirmarlo; pero no se irá más allá de las probabilidades legítimas dando por cierto que los obispos de Asia deseaban el triunfo del verdadero autor del edicto de Milán. Eusebio no lo disimula: «Licinio creía, dice, que en nuestras iglesias sólo rogábamos por Constantino, y en efecto, éramos amigos del máximo emperador, tan caro á Dios (4).» Estas palabras explican por qué expulsó Licinio de su corte á ciertos cristianos, por qué prohibió los sínodos episcopales, donde temía que la política se mezclara con la religión, y las asambleas de fieles demasiado numerosas en el interior de las ciudades. No prohibía estas reuniones, decía; las autorizaba fuera de puertas, en las llanuras, «donde el aire es más puro para las multitudes que en los espacios

(3) Constantino, el joven, fué nombrado César poco tiempo después de su nacimiento, para que Fausta tuviera un hijo igual en dignidad al hijo de Minervina (Zósimo II, 20).

(4) *Vida de Constantino*, I, 56; *Hist. eccl.* X, 8. Sin duda olvidó que algunos capítulos antes había celebrado los servicios prestados á la religión por Licinio, «religiosísimo príncipe, predicador de paz y de piedad»; y debió olvidar también que los cristianos decían que en la batalla de Andrinópolis este religiosísimo príncipe había recibido la asistencia del cielo.

estrechos.» En el fondo, juzgaba que, en campo raso, el contagio del tumulto era más difícil, y más fácil, pronta y segura la represión. Estas precauciones prueban que estaba seriamente alarmado.

Signatario del edicto de Milán, Licinio no era un pagano celoso. Después de su victoria sobre Maximino, había hecho dar muerte en Antioquía á los sacerdotes de Júpiter Filio y á los más violentos perseguidores de la nueva religión. Algunos cristianos, tachados es verdad de herejes, continuaron en su intimidad, como Eusebio, obispo de Nicomedia, y las medidas que tomó ó aconsejó, como la separación de hombres y mujeres en las iglesias, y la enseñanza de las cosas santas dada á éstas, no por clérigos, sino por diaconisas escogidas para este ministerio, prueban que no era un grande enemigo de la religión. Todo lo más, puede verse aquí que creía las antiguas acusaciones hechas por los paganos contra las reuniones de los neófitos.

Las intenciones, supuestas ó reales, del clero de sus Estados lo impelieron á actos de severidad que irritaron justamente á los ortodoxos y provocaron resistencias, á las cuales respondió la autoridad con las terribles leyes de que estaba armada. Algunas iglesias fueron otra vez cerradas ó destruídas, pronunciadas confiscaciones y sentencias de destierro, reducidos á servidumbre varios ingenuos, otros enviados á las minas, y tal vez ejecutados algunos obispos (1). Sin embargo, sólo se castigó á individuos aislados y por consiguiente no hubo declaración general contra el cristianismo: así pues, los autores eclesiásticos no señalan una nueva persecución en el reinado de Licinio (2).

En esta historia se anda verdaderamente en tinieblas; tanto ha velado ó desfigurado los hechos la pasión religiosa: as obras que nos ha dejado son como esos palimpsestos cuya escritura visible oculta un texto más importante, pero muy difícil de leer. Algunas líneas de Teodoreto, por ejemplo, autorizan una conjetura que muy bien puede ser una verdad. «Constantino, dice este autor, acusa más tarde al obispo de Nicomedia, Eusebio, de haber sido el alma de la guerra entre los dos Augustos.» El arrianismo que, simplificando el dogma cristiano, echaba un puente entre la antigua y la nueva religión, hacía ya grandes progresos en Oriente.

Este Eusebio, que será un celoso secuaz de Arrio, pudo haber impelido al príncipe, cuyo confidente era, á ensañarse contra los adversarios demasiado ardientes de la doctrina que él protegía; de modo que pueden verse en los rigores de Licinio las consecuencias de una lucha entre dos comuniones cristianas. Así se explicarían las violencias locales que el otro Eusebio, el obispo de Cesarea, refiere. Cometidas con manifiesta violación del edicto de Milán, daban á Constantino un pretexto legítimo para hacerse el defensor de la famosa ley, que había proclamado la igualdad de todos los cultos.

Desde la última guerra con Licinio, había podido Constantino mantener á sus tropas en buen ánimo y asegurarles triunfos y botín, doble garantía de su fidelidad. En la Galia se había habituado Crispo á las armas en fáciles campañas contra los alamanos y los francos, que parecían alternar ó remudarse para que no perdieran el espíritu militar las le-

(1) Eusebio (*Hist. eccl.* X, 8) no nombra uno siquiera, ni cita ningún hecho particular; y dando á entender que hubo entonces una violenta persecución, acaba por decir que el tirano hubiera decretado una persecución general, si no hubiera caído.

(2) Sulpicio Severo dice en su *Historia sagrada: Sed et inter persecuciones non computatur*. El canon 11.º del concilio de Nicea habla de cristianos que bajo el poder de Licinio habían apostatado «sin temor, sin pérdida de sus bienes ni peligro ninguno.»

giones del Rin (320). A orillas del Danubio, hubo de rechazar su padre una invasión de sármatas, que él persiguió hasta la orilla izquierda del río; y algunas bandas de godos que se arriesgaron en la Mesia y la Tracia, tuvieron la misma suerte.

De estas dos expediciones trajo Constantino prisioneros, que según el uso, fueron distribuídos en las ciudades como esclavos ó colonos, ó incorporados como soldados en las tropas imperiales. Estas campañas sin peligro eran excelentes preludios de más serios combates. Al mismo tiempo construyó una flota de 200 galeras, ensanchó el puerto de Tesalónica y numerosas tropas se reunieron al rededor de esta ciudad.

A estos bélicos preparativos respondían los de Licinio. Si hubiéramos de aceptar los guarismos de Zósimo, se habrían reunido en la llanura de Andrinópolis muy cerca de 300.000 hombres. Los dos ejércitos estaban separados por el Hebro. Una hábil maniobra de Constantino, que engañó la vigilancia de su adversario, sorprendiendo un vado del río, le aseguró esta vez una victoria completa.

Licinio pagó bravamente con su persona. Después de haberlo dispuesto todo como hábil general, se batió como soldado y fué herido en la batalla (3 julio 323). Entonces se encerró en Bizancio con los restos de su ejército para impedir á su rival el paso de Europa al Asia. Sus 350 galeras, dueñas del Helesponto, aseguraban su abastecimiento, á la vez que impedían el del enemigo, que no podía hacerse ampliamente sino por mar.

Llevando sus aguas el Euxino al Mediterráneo por un estrecho canal, forma en el Helesponto una rápida corriente, que en ciertos tiempos es difícil remontar, pero viene á ser manejable cuando el viento del mediodía regolfa en los Dardanelos las olas del Egeo. El almirante de Licinio tenía esta corriente en su favor, pero no supo aprovecharla. En el primer encuentro de las dos flotas, las pérdidas fueron iguales; pero el día siguiente sopló el viento del Sur, y Crispo, almirante de la flota constantina, lanzó sus galeras contra las del enemigo, que perdió en este segundo choque 130 quillas.

Seguro ya de sus convoyes Constantino, fué á estrechar el sitio de Bizancio y la flota victoriosa de Crispo se acercó al Cuerno de Oro.

Antes de encerrarse en la plaza, Licinio había pasado por Asia, nombrado César ó Augusto á su maestro Martiniano y reorganizado rápidamente su ejército extendiéndolo á lo largo de la costa, de Calcedonia á Lámsaco, para guardar los pasos. Pero Constantino, dueño ya del mar, podía desembarcar en todas partes. Su flota llevó sus tropas hasta el pie de las alturas de Crisópolis (Scútari), donde muy luego se cubrieron de trincheras.

Con esta maniobra la línea de defensa de Licinio hubo de quedar á la inversa. Entonces levantó sus reales y con un ataque vigoroso intentó empujar al enemigo hacia el mar; pero fué rechazado con grandes pérdidas y obligado á huir hasta Nicomedia.

No teniendo ya soldados ni tesoro, el enérgico anciano vino á deponer la púrpura á los pies del vencedor impasible y duro (23 set. 323).

Constantino había prometido á su hermana, la esposa de Licinio, respetar la vida del Augusto vencido, y en su virtud lo relegó á Tesalónica. Pero un hombre que había sido emperador doce años, daba, preso y todo, inquietudes, y el método oriental de hacer cesar las inquietudes, suprimiendo á los que las causaban, no desplazaba al dueño omnipotente del mundo romano.

Así pues, á pesar de la promesa hecha á su hermana,

envió luego á Licinio una orden de muerte (324) (1). Martiniano había sido decapitado el día siguiente de la derrota, y según el uso de los tiempos, los servidores y amigos de Licinio tuvieron la misma suerte que el emperador vencido: sus actos fueron anulados (2) y la reacción duró cerca de dos años. Cuando Constantino la detuvo por el rescripto del 8 julio 326 (3), no había ya nada en Oriente que pudiera recordar el gobierno del tirano, como decía el venecedor. ¡Qué pavorosas perturbaciones debían traer á la vida social estas venganzas políticas! Por desgracia, con más ó menos gravedad, son de todos los tiempos.

Se ha representado esta guerra como la lucha suprema de dos religiones. Eusebio supone que Licinio dijo á sus soldados antes de la batalla: «He aquí nuestros dioses y de nuestros padres: el enemigo los ha abandonado para seguir

á otro dios que no conocemos. Hoy hemos de ver quién de nosotros se engaña, y la victoria decidirá á quién debemos ofrecer nuestras adoraciones. Nuestros dioses, que son muchos contra uno solo, nos harán vencer seguramente.»

La historia no encuentra en estos acontecimientos el carácter que el bueno del obispo les da. Esta, como las guerras anteriores, fué una porfía de ambición, pero tuvo los efectos de una guerra religiosa, porque el vencido había buscado apoyo entre los paganos y los disidentes. Cuando Constantino vió á los obispos ortodoxos llamarlo su salvador y á la multitud de los que creen en el éxito pasar á la fe nueva, se encontró más firme que nunca en el pensamiento de que el porvenir era de los cristianos y que la prudencia política aconsejaba ir á ellos. A ellos fué, en efecto, pero con las hábiles precauciones que vamos á ver.

CAPÍTULO CII

LA POLITICA RELIGIOSA DE CONSTANTINO

I.—LA VISIÓN MILAGROSA. — EL LÁBARO. — EL CULTO DEL SOL.

En el camino de Roma, yendo contra Majencio, en 312, fué donde se realizó, según Eusebio, la conversión de Constantino. En su *Historia eclesiástica*, publicada catorce años después de la batalla del puente Milvio, no sabe nada de la aparición que refiere más tarde en su *Vida de Constantino*. Pero esta última obra de Eusebio es un libro de edificación piadosa y no un libro de historia. El autor declara que no dará á conocer á la posteridad los combates y victorias del emperador ni sus leyes y trabajos para bien de sus súbditos, proponiéndose sólo referir los actos de piedad (4); y como los hagiógrafos tienen el espíritu proclive á todo lo sobrenatural, en lugar de exponer las hábiles medidas de guerra tomadas por su héroe, lo representa muy afanado en desbaratar las diabólicas maquinaciones de Majencio. Sin embargo, el raciocinio que le atribuye y que

(1) *Contra religionem sacramenti occisus est* (Eutropio, X, 6).

(2) Teodosio hará lo mismo después de su victoria sobre Máximo. Era anteriormente la suerte de los príncipes que el senado había declarado tiranos.

(3) *Código Teod.* XV, 14, 3. Lo que el tirano ha decidido con arreglo á las leyes debe subsistir.

(4) I, 11. Lo mismo habla en su *Historia eclesiástica* (VIII, 2) y en su libro sobre los *Mártires de Palestina*: por eso, Sócrates, su continuador (I, 1), declara no haber tenido nada que tomar para la historia de la Iglesia, de la *Vida de Constantino*. Eusebio se atrevió hasta á sostener, en su *Preparación evangélica* (XII, 31), la monstruosa doctrina de las mentiras útiles, y no deja de practicar esta doctrina: Constantino, por gracia especial, disminuye en una cuarta parte el impuesto territorial de Autun (*Pan. vet.* VIII, 11), y Eusebio extiende la gracia á todo el imperio, lo cual hubiera sido la ruina de la hacienda imperial (*Vida de Const.* IV, 2). El emperador cierra ó destruye algunos templos paganos y Eusebio escribe que los destruye todos. Niega á los herejes las inmunidades concedidas por él á los ortodoxos y el historiador declara que todas las herejías quedan destruídas; y cuenta que él mismo era uno de los jefes de la más recalcitrante. A oírlo, se creería que Constantino había sometido el universo mundo (*Vida de Const.* I, 8) y este príncipe no añadió un palmo de tierra al imperio. Su valor está al nivel de su imparcialidad é inteligencia. En la *Historia eclesiástica*, compuesta antes de la muerte de Crispo, habla con elogio de este desgraciado príncipe; en la *Vida de Const.* redactada bajo el reinado del hijo de Fausta, no pronuncia siquiera su nombre. El monje Zonaras no se atreve tampoco á escribir una palabra de vituperio: en este caso se le cae la pluma de la

mano y exclama: «¡No, no puedo decir nada que disminuya la gloria de este hombre divino.» (*An.* XIII, 4). Gelasio de Ciceo fabrica también un discurso de Constantino en el concilio de Nicea: la extraña carta de este príncipe á Arrio me es singularmente sospechosa, como lo son las controversias que Sozómenes supone entre obispos y filósofos en el mismo concilio de Nicea, como el *justitium* que pretende haber establecido Constantino el viernes para honrar la cruz. También se fabrican leyes como la celebrísima constitución de *confirmando iudicio episcoporum* (*Const. Sirmondí*, n.º 1). Los escritores católicos lo reconocen: «En las colecciones relativas al concilio de Nicea, dice el duque de Broglie (*L'Eglise et l'Empire romain au quatrième siècle*, t. I, 2.ª parte, p. 65), hay multitud de cánones y decretos manifiestamente apócrifos: es un diluvio de piezas falsas.» La confusión se aumenta con la rivalidad de las sectas, inventando á porfía títulos para sostener sus pretensiones. Así, Teofanes en su *Crónica*, acusa á los arrianos de haber fabricado constituciones de Constantino al papa Melquiades (Tillemont, *Hist. de los emperadores*, IV, 141). Consta por la supuesta donación de Constantino, por la leyenda de su bautismo en Roma, por tantas *actas* de mártires que no pueden recibirse, y por las falsas Decretales, que este uso se continuó mucho tiempo. El sabio abate de Meissas dice en una de sus memorias sobre la *Evangelización de las Galias*: «El siglo IX fué el siglo de la impostura por excelencia.» Muy bien puede decirse esto mismo de otros siglos. El concilio de Tiro en 335, es famoso por «su muerto vivo, τὸν ζῶντα νεκρῶν» (Gregorio de Nacianzo, *Elogio de Atan.* 15). Atanasio pretende que se falsificaron allí cartas suyas, y dice á Constantino en su *Apología*: «Estos hábiles falsarios han imitado más de una vez hasta la escritura de tus excelencias é imperiales manos.»